

**UNIVERSITÀ DI BOLOGNA**

**Master en Relaciones Internacionales Europa/América Latina**

*“El papel de la percepción  
en la Guerra Fría”*

**Lic. Flavio Adriano Bosoni  
Septiembre de 2007**

## 1. Introducción

Pocos procesos históricos han sido objeto de tanto análisis como la Guerra Fría. De hecho, en las últimas décadas fueron numerosos los intentos de explicación de un fenómeno sumamente complejo y abierto a interpretaciones diversas. Sin embargo, tantos son los matices y tantos los ángulos de aproximación que los expertos no logran ponerse de acuerdo ni siquiera sobre su punto de origen.

Así, muchos la consideran una consecuencia del colapso del frágil balance de poder del siglo XIX conocido como la *Pax Británica*. Para los defensores de esta postura, el conflicto entre norteamericanos y rusos fue el resultado del ascenso de dos potencias en los extremos occidental y oriental de una decadente Europa que recibió su golpe de gracia con el advenimiento de la Primera Guerra Mundial.

Una segunda línea de pensamiento concibe el antagonismo entre ambos Estados como producto inexorable del choque de dos sistemas ideológicos con ambiciones universalistas e incompatibles. Según los historiadores de esta rama, la Guerra Fría nació durante la Gran Guerra y encontró sus máximos exponentes en las doctrinas opuestas de Wilson y Lenin. Finalmente, otros analistas opinan que el encono entre las superpotencias se inició luego de la Segunda Guerra Mundial. Así, una lectura historiográfica “ortodoxa” sostiene que las acciones de Estados Unidos se produjeron como respuesta al expansionismo soviético, al tiempo que la posterior línea “revisionista” acusa a Norteamérica de querer forzar el conflicto para beneficio de su naciente hegemonía capitalista.

Como propuesta superadora de estas visiones, que no están exentas de una importante cuota de ideología, en los últimos años algunos expertos han planteado que el estudio de este conflicto equivoca su pregunta. De este modo, lo importante no es tanto descubrir el “porqué” del proceso histórico-político sino, más adecuadamente, intentar comprender “cómo” se originó y desarrolló. Pero incluso este último enfoque puede resultar incompleto. En palabras de Elena Aga Rossi “no es posible dar una respuesta unívoca a la pregunta ‘cómo empezó la Guerra Fría’. (...) No se puede responder fijando un momento definitivo e indiscutible. ‘Guerra Fría’, en el fondo, es una metáfora, no tiene inicios formales y conclusiones concordantes, como una guerra efectiva”<sup>1</sup>.

Quienes quieran afrontar una búsqueda del “cómo” de la Guerra Fría encontrarán un aliado inobjetable en los datos históricos concretos. Gracias a la extensa literatura y a la inmensa cantidad de material disponible al respecto, hoy tenemos una idea bastante acabada sobre qué ocurrió, cuándo ocurrió y dónde ocurrió. Sin embargo, atenernos únicamente a los datos cuantitativos e incontrovertibles sólo nos llevará a una visión pálida, aséptica y, sobre todo, deshumanizada del enfrentamiento entre Estados Unidos y la URSS.

---

<sup>1</sup> Elena Aga Rossi (compiladora) “Gli Stati Uniti e le origini della guerra fredda”, Il Mulino, Bologna, 1984, p. 13.

Recopilar datos fácticos podrá servirnos a fines enciclopédicos, pero no nos mostrará la verdadera dimensión del conflicto. Porque la Guerra Fría –como todos los sucesos de la historia- fue protagonizada por hombres y mujeres que no necesariamente se movían por criterios racionales y cuyas motivaciones a menudo excedían lo meramente político o ideológico.

De este modo, la particular relación entre norteamericanos y rusos durante buena parte del siglo XX no puede ser explicada únicamente desde lo fáctico. Más aún tratándose de un antagonismo que despertó tantos temores, incertidumbres y nerviosismos. Así, la Guerra Fría superó ampliamente los confines de un choque político, económico o incluso militar. Se trató, en buena medida, de un conflicto psicológico, a veces irracional, en el que las percepciones a menudo eran tan importantes como las certezas.

Llegamos entonces al propósito central de este trabajo: mostrar cómo, junto a los datos objetivos e incuestionables, las percepciones subjetivas de la realidad y las motivaciones personales e inconscientes de sus protagonistas contribuyeron al desarrollo del proceso histórico.

Para abordar esta cuestión, recurriremos a distintas herramientas. En primer término, tomaremos algunos conceptos de la psicología para introducirnos en el tema. A continuación, repasaremos los rasgos más importantes de la “doctrina Truman” y el pensamiento de George Kennan. Luego presentaremos algunos ejemplos históricos concretos que sostengan lo propuesto desde lo teórico. Finalmente, elaboraremos unas breves reflexiones a modo de conclusión.

## **2. La teoría de la percepción**

La ciencia ha demostrado que, contrario a lo que podría creerse, los sentidos apenas proporcionan al hombre información sin elaborar sobre el mundo circundante. Es decir, el ojo sólo registra patrones de luz u oscuridad, pero no “ve” a los objetos que tiene delante, del mismo modo que el tímpano vibra de una manera particular pero no “oye” una sinfonía. Por el contrario, el cerebro es quien interpreta el flujo complejo de información que proviene del exterior. En efecto, ver y escuchar patrones significativos entre medio del desorden de información sensorial es lo que llamamos *percepción*.

A comienzos del siglo XX, un grupo de expertos alemanes estudió los principios según los cuales el ser humano interpreta los datos de la realidad. Los llamados “psicólogos de la Gestalt” (del alemán “forma”) creían que el cerebro no sólo produce una experiencia perceptual coherente, sino que además lo hace en forma regular y predecible. En consecuencia, el individuo utiliza la información que recibe para crear percepciones que son más que la suma de sus partes. Analistas como Max Wertheimer, Kurt Koffka y Wolfgang Kohler plantearon que, en vez de percibir fragmentos de información sin sentido, el hombre tiende a completar la información faltante, agrupar objetos, ver figuras completas y oír sonidos con significado.

Uno de los conceptos centrales de esta teoría es del de la constancia perceptual. Según este planteo, las personas tienden a percibir los objetos como relativamente estables e

invariables pese a los cambios de la información sensorial. De hecho, una vez que se han formado una imagen estable de un objeto, los sujetos tienden a reconocerlo en cualquier posición, prácticamente a cualquier distancia y en condiciones diversas de iluminación. La razón de este fenómeno, explicaron los teóricos de la Gestalt, es que sin esta capacidad el mundo nos parecería extremadamente confuso.

Cómo podrá advertirse, la experiencia personal y el aprendizaje son factores esenciales en la constancia perceptual. Sin embargo, también participan mecanismos como las motivaciones y los valores del individuo, sus expectativas, estilo cognoscitivo y su desarrollo en una determinada cultura. Así, los deseos y las necesidades influyen poderosamente en las percepciones: las personas que tienen una determinada necesidad tienden a percibir algo que piensan que les satisfará. De modo similar, las expectativas sobre lo que supuestamente se percibirá también determinan la asimilación del mundo exterior.

A medida que madura, el ser humano va adquiriendo un estilo cognoscitivo, esto es, un método general de afrontar el ambiente circundante. En consecuencia, existen personas que perciben su entorno como un conjunto, sin diferenciar el color, forma, tamaño y demás cualidades de los elementos individuales; mientras que otras tienden a visualizar los componentes del ambiente como si estuvieran separados y fueran independientes entre sí. Finalmente la percepción de los seres humanos está en gran medida condicionada por sus antecedentes culturales. El idioma, el lugar de crecimiento y formación, las prácticas y costumbres, la religión y otros elementos similares pueden afectar su manera de comprender la realidad.

A comienzos de los 50, los psicólogos sociales Jerome Bruner y Leo Postman dieron inicio a una corriente conocida como New Look, que significó una innovadora manera de estudiar estos fenómenos. Para los especialistas, existe una relación dinámica entre percepción y personalidad. De hecho, sostuvieron que la personalidad del individuo tiene un lugar destacado en el proceso perceptivo, y por ello varía entre un ser humano y otro.

Asimismo, la percepción es definida por ambos especialistas como un fenómeno de expectativa o hipótesis, en suma, una predisposición cognitiva para responder de forma selectiva a los hechos que ocurren en el entorno. Según esta teoría, antes del inicio del proceso perceptivo el individuo ya ha elaborado una hipótesis, apoyada en procesos cognitivos y motivacionales derivados de situaciones precedentes. Por lo tanto, las hipótesis nunca están aisladas, sino que forman parte de la estructura de creencias, valores y experiencias del sujeto. En efecto, una persona tenderá a desear ver u oír aquellas cosas que están relacionadas con sus estructuras mentales y culturales. En relación con la fuerza de las hipótesis, Bruner y Postman plantearon tres importantes principios:

1. Cuanto más fuerte es una hipótesis, mayor es la probabilidad de que surja en una situación dada.
2. Cuanto más fuerte es una hipótesis, menor es la cantidad de información necesaria para confirmarla.

3. Cuanto más fuerte es una hipótesis, mayor es la cantidad de información contradictoria necesaria para debilitarla.

A su vez, el origen de la fuerza de una hipótesis depende de:

1. La frecuencia de la confirmación pasada: cuanto más frecuentemente una hipótesis ha sido confirmada en el pasado, mayor será su fuerza.
2. El monopolio: cuanto menor sea el número de alternativas, mayor será su fuerza.
3. Las consecuencias cognitivas: toda hipótesis está incluida en una estructura mayor que la sostiene. Cuanto más armonice la hipótesis con esa estructura (valores y creencias), mayor será su fuerza.
4. Las consecuencias motivacionales: cuanto más nos sirve una hipótesis para lograr nuestros fines, mayor es su fuerza.
5. Las consecuencias sociales: cuanto más aprobada sea una hipótesis dentro de nuestro círculo social, mayor es su fuerza.

En igual sentido, la experimentación puso de manifiesto la influencia de una importante cantidad de variables no cognitivas -como las necesidades, los estados de tensión o las frustraciones de un individuo- en el proceso de percepción. En consecuencia, Bruner y Postman descubrieron la presencia de tres grandes mecanismos que operan a nivel perceptual. El primero de ellos es la sensibilización selectiva, por la cual los estímulos más aceptables (es decir, que están más de acuerdo con los valores del sujeto) son reconocidos en menos tiempo. Mediante la defensa perceptual, a su vez, los estímulos inaceptables elevan el umbral perceptivo y la persona tarda más en reconocerlos. La resonancia valorativa, finalmente, hace que los hombres tiendan a formular hipótesis que reflejen la orientación de sus valores.

Como podrá verse, la teoría plantea la imposibilidad de separar percepción y personalidad. El aporte de la Gestalt y la New Look resulta entonces importante no sólo para la psicología y la medicina, sino también para las ciencias políticas y la historia. Si comprendemos –como lo hizo Kant hace más de dos siglos- que el modo en que los individuos decodifican la realidad varía entre un ser humano y otro, y si tenemos en cuenta que en este proceso tienen lugar mecanismos cognitivos y no cognitivos, entonces estaremos más cerca de entender algunos episodios históricos.

### **3. La percepción en las Relaciones Internacionales**

El importante papel que cumplen los procesos perceptivos en la política internacional fue analizado en detalle por Robert Jervis. En su obra *Perception and misperception in international politics*, el experto estadounidense afirmó que los funcionarios de gobierno, como el resto de las personas, sufren de limitaciones cognitivas que se trasladan a su gestión pública. En consecuencia, los factores psicológicos presentes en

los mandatarios atentan contra el entendimiento entre naciones y limitan su racionalidad.

Para Jervis –como para los teóricos de la Gestalt-, la percepción consiste en una sumatoria de imágenes, creencias e intenciones. Entonces, los individuos tienden a ver lo que esperan y a asimilar la información nueva en función de imágenes preexistentes. Este particular proceso de filtrado de la realidad se genera a partir de mecanismos racionales e irracionales. Según el experto, la “consistencia racional” es la manera por la cual las personas asumen patrones permanentes de comportamiento a fin de limitar la complejidad del entorno. Así, los *decision-makers* tienen una serie de teorías y presupuestos muy arraigados respecto del escenario internacional y sus actores, y por ello tienden a incorporar, categorizar y comprender la información nueva a través del prisma de esas hipótesis.

La “consistencia irracional”, por su parte, sugiere que los seres humanos son propensos a evitar el conflicto entre sus propias creencias y el mundo exterior. En efecto, tienden a aplicar forzosamente al ambiente su necesidad interna de consistencia. Para Jervis, esta situación puede llevar a una verdadera clausura cognitiva: una vez que un estímulo es asumido de una determinada manera, la evidencia posterior será asimilada según el entendimiento original. En la toma de decisiones, esto puede llevar al funcionario a producir imágenes erróneas respecto de las intenciones ajenas, fenómeno que a su vez lo hará adoptar respuestas equivocadas para esas supuestas actitudes. En términos de Jervis “aunque los procesos irracionales presumiblemente son menos propensos a conducir a percepciones precisas y políticas efectivas que los racionales, la racionalidad es sólo una limitación muy vaga”<sup>2</sup>.

En rigor, estos mecanismos responden a la necesidad humana de lograr un balance entre las creencias personales y los estímulos exteriores. Así, los sujetos a menudo agrupan los elementos positivos por un lado y los negativos por el otro. Aplicando este principio a las relaciones internacionales, el experto afirma que “tendemos a creer que los países que nos gustan hacen cosas que nos gustan, apoyan objetivos con los que estamos de acuerdo y se oponen a los países a los que nos oponemos. Tendemos a pensar que los países que son nuestros enemigos tienen intenciones de lastimarnos, trabajan contra los intereses de nuestros aliados y ayudan a nuestros oponentes”<sup>3</sup>.

Puesto que las personas se sienten cómodas cuando sus pensamientos están en equilibrio, de modo frecuente la información nueva es incorporada en forma tal de mantener ese balance. Por ello, todos los datos provenientes de un objeto considerado nocivo (en este caso, un país enemigo) serán interpretados de manera negativa, mientras que todas las percepciones generadas por un elemento “bueno” tenderán a ser percibidas con agrado. Además, los individuos tienden a creer que el comportamiento de los otros es más centralizado, planeado y coordinado de lo que realmente es. El ser humano no puede tolerar la idea de que existen eventos azarosos, y por lo tanto es propenso a creer que siempre existen razones y orden.

---

<sup>2</sup> Robert Jervis, “Perception and misperception in international politics”, Princeton University Press, New Jersey, 1976. p. 120.

<sup>3</sup> Ibidem, p. 118.

Consecuencia de lo anterior, los actores suelen exagerar su importancia en las políticas de los demás. Para Jervis, cuando el otro actúa en coincidencia con los deseos de un individuo, éste sobreestimaré el grado en que sus políticas han sido responsables por el resultado. Por el contrario, cuando el comportamiento ajeno no es el esperado, el sujeto probablemente lo verá más como el producto de cuestiones internas que como una respuesta imprevista a las propias acciones. En este caso, el actor creará que el otro está intentando lastimarlo en vez de pensar que se trata de un evento inconexo.

Retomando el pensamiento de la Gestalt, Jervis destaca el papel que cumple la experiencia en el proceso de percepción. Así, afirma que “lo que uno aprende de los eventos clave en la historia internacional es un factor importante para determinar las imágenes que moldean la interpretación de la información futura”<sup>4</sup>.

Finalmente, el sistema político en el que opera un funcionario también le otorga una importante fuente de predisposiciones que moldean las imágenes que generará de los demás países. “Especialmente para un hombre de Estado que llega al poder a través de los procesos políticos (...), la política doméstica le ha suministrado tanto sus conceptos políticos básicos como lecciones detalladas sobre qué estrategias y tácticas son apropiadas para conseguir los objetivos deseados”<sup>5</sup>. Para el autor, estas predisposiciones están tan profundamente arraigadas en la sociedad que la gente no se da cuenta de que existen alternativas.

Es evidente que Jervis planteó gran parte de su teoría pensando específicamente en la Guerra Fría. Pocos procesos históricos ofrecieron tanto espacio para los prejuicios, las apreciaciones subjetivas y los mecanismos perceptivos racionales e irracionales como la larga contienda entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Si hay una frase que resume la relación entre ambas superpotencias es aquella que sostiene que “la creencia de que los rusos son adversarios implica, por definición, que uno será escéptico respecto de sus propuestas”<sup>6</sup>.

Por su parte, el analista estadounidense Greg Chasman plantea una teoría similar a la de Jervis. En su libro *What causes war?* (“¿Qué causa la guerra?”), sostiene que, si bien los hombres comparten una serie de elementos en común, son las diferencias las que cuentan. Es decir, pese a que todos los seres humanos poseen ciertos instintos agresivos, predisposiciones culturales hacia la guerra y necesidades psicológicas de distinta índole, los aspectos particulares son más importantes que las similitudes.

En consecuencia, el autor postula que los conflictos internacionales deben ser estudiados a partir de los individuos que los protagonizan. Para Chasman, “es apropiado que busquemos las causas de la guerra en el perfil individual de aquellos líderes nacionales que están en posición de decidir el destino de sus Estados. El supuesto básico en este nivel de análisis es que los individuos sí hacen la diferencia”<sup>7</sup>. En la mayoría de

---

<sup>4</sup> Ibidem, p. 121.

<sup>5</sup> Ibidem, p. 283.

<sup>6</sup> Ibidem, p. 120.

<sup>7</sup> Greg Chasman, “What causes war?”, Lexington Books, 1999, p. 37.

los casos, considera el escritor, las guerras son precipitadas por las decisiones de los líderes individuales y sus consejeros cercanos.

En aquellas políticas que se diseñan en el más alto nivel de jerarquía, plantea Chasman, la personalidad y características psicológicas del jefe de Estado pueden resultar decisivas. Esta premisa se corrobora en cuatro situaciones especiales. En primer lugar, cuando se produce una crisis inesperada, que requiere de reacciones veloces y para las cuales no existen pautas de comportamiento preestablecidas. En estos casos, será la propia personalidad del mandatario la que determine las medidas a adoptar.

Algo similar ocurre cuando la información sobre un suceso es extremadamente baja, excesivamente alta o con cierta ambigüedad. Aquí, los individuos definirán las situaciones por sí mismos, según sus propias predisposiciones mentales y sus experiencias previas. Asimismo, plantea Chasman, aquellos líderes que carecen de *expertise* en asuntos internacionales tienden a reducir el repertorio de sus acciones a decisiones basadas en sus preconcepciones naturales para resolver problemas. Por último, las características individuales del mandatario tendrán una gran influencia en la respuesta adoptada cuando la situación está rodeada de mucha presión.

Al igual que Jervis, Chasman afirma que en los procesos de decisión intervienen factores racionales e irracionales. “No todos los *decision makers* son completamente racionales. (...) Los procesos psicológicos interfieren con la habilidad de los líderes de gobierno para comprometerse en un modo racional de solución de problemas. (...) Las decisiones se tomarán a fin de alcanzar las necesidades subconscientes de los líderes políticos más que para lograr necesidades legítimas de seguridad nacional”<sup>8</sup>.

Sin embargo, advierte el autor de *What causes war?*, debemos tener cuidado de no reducir nuestra explicación de las causas de los conflictos al perfil psicológico de los mandatarios. Es evidente que la capacidad de cualquier individuo en solitario para determinar la guerra o la paz está limitada por una multiplicidad de factores, que incluyen, entre otros, el ambiente nacional e internacional, el rol de las burocracias gubernamentales en la formación e implementación de políticas y los procesos formales e informales de tomas de decisiones.

Finalmente, Chasman destaca el rol que tiene la percepción en las relaciones internacionales y su capacidad de generar conflictos. Así, afirma que “los errores de percepción, si bien no son extremos, están presentes en todas partes. Los intentos de resolver problemas de política exterior requieren de una imagen precisa de la situación – una condición que a menudo no se cumple”<sup>9</sup>.

Como podrá verse, esta teoría puede aplicarse a la Guerra Fría. Según el experto, no sólo los procesos de percepción influyen en las relaciones entre países, sino también la visión particular que los jefes de Estado tienen de sus amigos y enemigos. Por ello, es probable que la historia hubiese sido distinta si el presidente norteamericano de la

---

<sup>8</sup> Ibidem, p. 79.

<sup>9</sup> Ibidem, p. 79.

inmediata posguerra no hubiera sido Truman, o si Rusia hubiera estado comandada por un hombre diferente de Stalin.

A su vez, las numerosas etapas del conflicto entre las superpotencias dieron lugar a todos los tipos de situaciones en las que se activan las características psicológicas del mandatario y sus colaboradores. En ocasiones, estadounidenses y rusos debieron resolver crisis, en otros casos debieron lidiar con informaciones ambiguas o inexactas, y en casi todo momento las políticas fueron implementadas en contextos de gran tensión.

Esto nos lleva a dos interrogantes básicos: ¿eran los soviéticos un enemigo tan implacable?; ¿constituía su política exterior una amenaza grave para la seguridad de Estados Unidos y sus aliados? La historiografía ha pasado décadas intentando dar respuesta a preguntas de esta clase, y muchos han encontrado evidencias que sustentan teorías contrapuestas. No obstante, una cuestión parece cierta: en la mente de los norteamericanos, los rusos *eran percibidos* como adversarios hostiles. De hecho, no hay dudas respecto de que ambas superpotencias efectivamente competían por la supremacía mundial en materia política y militar. Sin embargo, no es tan claro que esta competición constituyera una verdadera amenaza para la seguridad del otro.

En consecuencia, en la percepción estadounidense se generó la curiosa combinación de la “Rusia enemigo real” y la “Rusia enemigo imaginario”. A ello se agregó el natural temor a lo desconocido que siente el ser humano. Pocos oponentes generan más nerviosismo y pánico en un individuo que aquellos que son drásticamente diferentes a él. Ante los ojos estadounidenses, el comunismo se presentaba como un monstruo arrollador que amenazaba con destruir la vida como Occidente la conocía. Ambas cuestiones, sumadas a los procesos perceptivos descritos por Jervis y Chasman nos ayudan a entender buena parte de la dinámica entre los dos grandes adversarios durante la Guerra Fría.

Esta cuestión es particularmente interesante en el contexto de la inmediata posguerra, porque mucho se ha escrito sobre las intenciones reales de Rusia una vez finalizado el conflicto en Europa. El poderío bélico de la Armada Roja es un hecho comprobado. Tenían más divisiones y poder de movilización que europeos y estadounidenses en conjunto, y sus tropas estaban desplazadas a lo largo y a lo ancho de los países del este. Pero no faltan quienes sostienen que la Unión Soviética estaba devastada después de la lucha contra el Eje y por lo tanto no tenía intención alguna de iniciar otro enfrentamiento.

Para abordar estas cuestiones, recurriremos a una serie de fuentes primarias y ejemplos historiográficos, con el objetivo de brindar un panorama más claro de los fenómenos hasta aquí planteados.

#### **4. El “long telegram” de George Kennan**

Finalizada la guerra, el continente europeo se dividió en dos grandes áreas de influencia bajo el dominio de las superpotencias vencedoras. Por una parte, Estados Unidos tenía aliados en Europa occidental, central y mediterránea, mientras que Rusia se apresuró a

extender su control –político y militar- sobre los países del este. La conformación de estos bloques se debió no sólo a los acuerdos de Yalta cerrados en febrero de 1945, sino más bien al posicionamiento de las tropas de ambos bandos cuando cesaron los combates. Para algunos especialistas, mientras que en su avanzada contra el nazismo los norteamericanos movieron sus fuerzas según criterios netamente estratégicos, los soviéticos lo hicieron persiguiendo fines geopolíticos.

De acuerdo con el historiador William Keylor, “cada una de estas zonas, finalmente, adoptó instituciones políticas, prácticas económicas y políticas exteriores que reflejaban las preferencias e influencias de sus respectivos libertadores. Francia, Bélgica, Grecia e Italia, a pesar de la presencia de poderosos movimientos comunistas (...) adaptaron sus políticas exteriores a la cosmovisión anglo-estadounidense del mundo de posguerra. Los Estados de la mitad oriental del continente, la mayoría de los cuales pocos años antes habían demostrado hostilidad ideológica al comunismo (...) adoptaron los modelos económico y político soviéticos, bajo la vigilante mirada de los ejércitos de ocupación”<sup>10</sup>.

Rápidamente, los bloques de influencia se convirtieron en polos ideológicos. A un oeste capitalista y pro-estadounidense se le opuso un este comunista y pro-soviético. De este modo, a la rivalidad militar y económica se sumó una confrontación político-ideológica, y pronto se impuso en ambos lados del continente europeo la sensación de que se trataba de dos mundos totalmente antagónicos y destinados a colisionar.

Para su interpretación de la política estadounidense, los rusos rescataron la interpretación leninista del imperialismo considerado como la fase final del desarrollo capitalista. Asimismo, los soviéticos vieron su sacrificio y posterior victoria en la guerra como una prueba irrefutable de la superioridad del socialismo por sobre los demás sistemas. Como contrapartida, los norteamericanos abrazaron los principios del internacionalismo wilsoniano y su defensa de la libertad de mercados y la seguridad colectiva.

Dos documentos dan testimonio de estas concepciones opuestas del mundo. El primero de ellos es el discurso de Stalin ante un grupo de votantes moscovitas efectuado el 9 de febrero de 1946. Allí, el líder soviético argumentó que la guerra había sido el resultado inevitable del desarrollo del capitalismo monopolista. El crecimiento desigual de los países, sostuvo Stalin, genera con el tiempo una lucha armada por el control de recursos y mercados. Tanto la Primera como la Segunda Guerra Mundial pueden ser explicadas según esta lógica.

Sin embargo, prosiguió el ruso, el conflicto armado no debía ser visto como una tragedia. Por el contrario, sirvió para demostrar la fortaleza y solidez del socialismo: “Nuestra victoria significa, ante todo, que el sistema social soviético fue victorioso, que el sistema soviético superó con éxito la prueba de fuego en la guerra y demostró ser

---

<sup>10</sup> William Keylor, “El mundo del siglo XX – La guerra fría entre las superpotencias”, Fundación Hernandarias, Buenos Aires, 1998, p. 15.

totalmente viable (...) Y no solo eso. El sistema soviético probó ser una mejor forma de organización de la sociedad que cualquier otro sistema”<sup>11</sup>.

En consecuencia, continuó Stalin, la Unión Soviética de 1946 era por lejos mucho más fuerte y rica que en la etapa zarista. Para el líder comunista, el impresionante crecimiento ruso en las tres décadas precedentes “no puede ser considerado como el simple y ordinario desarrollo de un país desde el atraso hacia el progreso. Fue un salto gracias al cual nuestra Madre Tierra se transformó de un país atrasado a uno avanzado, de uno agrario a uno industrializado”<sup>12</sup>. Todo ello producto de los beneficios de un sistema que había demostrado ser más efectivo que el capitalista.

Del lado estadounidense, Truman y sus hombres creían, al igual que Wilson al finalizar la Primera Guerra Mundial, que la derrota alemana inauguraba una nueva época en la cual la cooperación internacional generaría un orden internacional más estable que el garantizado por el débil equilibrio de poderes del siglo XIX. Así, la administración demócrata confiaba en que las Organización de las Naciones Unidas podría dirimir cualquier conflicto surgido entre las grandes potencias en el nuevo escenario global. Además, el monopolio nuclear del que gozaba Estados Unidos en la inmediata posguerra generó en la nación tal sensación de seguridad que el país no se opuso de inmediato a la expansión rusa por Europa del este.

No obstante, explica Keylor, muy pronto el duro realismo de la geopolítica comenzó a desplazar las ilusiones wilsonianas en las mentes de los expertos en política exterior estadounidenses: Rusia estaba logrando rápidamente el control del corazón de Eurasia, y parecía dispuesta a sacar provecho de la debilidad militar y la miseria económica de los países a lo largo de su margen occidental. En consecuencia, “lo que a Stalin le parecía un legítimo intento de reforzar la seguridad de la vulnerable frontera occidental rusa, mediante la creación de sumisos Estados tapón bajo su mando, fue interpretado por Washington como el comienzo de una campaña de esa nación para lograr la hegemonía continental que la convertiría en dueña del mundo”<sup>13</sup>.

La respuesta americana a lo que era percibido como un irrefrenable deseo expansionista de los comunistas recibió el nombre de “Doctrina Truman”. En un discurso ante el Congreso acontecido en marzo de 1947, el mandatario demócrata declaró que “en el momento presente de la historia mundial cada nación debe elegir entre formas de vida alternativas (...). Una forma de vida está basada en la voluntad de la mayoría, y se distingue por poseer instituciones libres, gobierno representativo, elecciones libres, garantías de libertad individual, libertad de expresión y religión y libertad frente a la opresión política. El segundo modo de vida se basa en la voluntad de una minoría forzosamente impuesta sobre la mayoría. Se apoya en el terror y la opresión, una prensa y radio controladas, elecciones arregladas y la supresión de las libertades personales”<sup>14</sup>.

---

<sup>11</sup> Joseph Stalin, “Speeches delivered at meetings of voters of the Stalin electoral district, Moscow”, Foreign Languages Publishing House, Moscú, 1950. Disponible en [www.coldwarfiles.org](http://www.coldwarfiles.org).

<sup>12</sup> Ibidem.

<sup>13</sup> Keylor op. cit. p. 16.

<sup>14</sup> “President Harry S. Truman’s address before a joint session of Congress, march 12, 1947”, disponible en [www.yale.edu/lawweb/avalon/trudoc.htm](http://www.yale.edu/lawweb/avalon/trudoc.htm)

Es interesante ver como, un año después del mencionado discurso en el que Stalin postuló la existencia de dos mundos contrapuestos e irreconciliables, el presidente estadounidense expuso ante su parlamento una situación idéntica. Las dos ponencias apenas se diferenciaron en los conceptos elegidos para presentar el antagonismo entre rusos y norteamericanos. De hecho, mientras que Stalin decidió plantear la batalla en términos ideológicos (“comunismo versus capitalismo”), Truman decidió hacerlo en función de la dicotomía democracia/totalitarismo.

Estos ejemplos nos permiten elaborar una reflexión adicional. A la vez que para nuestra comprensión de las relaciones internacionales resulta enriquecedor descubrir cómo se perciben los actores unos a otros, es igualmente importante ver cómo se perciben a sí mismos. En este sentido, no sólo es valioso descubrir que Truman veía a la URSS como un régimen opresor y totalitario, sino que a la vez veía a Estados Unidos como el garante de la libertad global. Esta autopercepción mesiánica queda reflejada en la frase que sostiene que “debe ser una política de los Estados Unidos el apoyar a las personas libres que están resistiendo la subyugación de las minorías armadas o las presiones exteriores”<sup>15</sup>.

Curiosamente, Stalin también se percibía a sí mismo como el líder de un sistema virtuoso y próspero, al tiempo que consideraba al capitalismo como el origen de todos los conflictos de la humanidad. Más aún, describió al socialismo soviético como el mejor y más viable de todos los sistemas posibles, y de allí sus pretensiones de extenderlo en el mundo.

Significativamente, la propaganda oficial rusa devolvió a Truman acusaciones en los mismos términos que utilizó el demócrata. Así, en la “Historia de la política exterior de la URSS” (1947) se publicó que “el mensaje del presidente norteamericano lleno de calumnias groseras contra los países socialistas, llamaba a los Estados Unidos a asumir el papel de gendarme mundial, o sea, a intervenir en los asuntos de todas las naciones (...) contribuyendo a la represión del movimiento liberador de todos los pueblos y oponiéndose abiertamente a la revolución y al desarrollo socialista de los Estados”<sup>16</sup>. Evidentemente, el antagonismo entre las superpotencias estaba muy lejos de ser un enfrentamiento meramente político o militar.

Este contexto permite explicar la aparición de uno de los documentos que más nos interesa destacar. Se trata del “long telegram” que el jefe de la misión diplomática norteamericana en Moscú George Kennan envió a sus superiores en Washington el 22 de febrero de 1946. Independientemente de las teorías que plantea y las líneas de acción que propone, el mérito de este texto radica en que fue el primer intento sistemático de un funcionario estadounidense de articular la contención como estrategia.

El telegrama comienza con una descripción de los lineamientos básicos de la propaganda rusa de la época. Según Kennan, la Unión Soviética difunde entre su pueblo la idea de que es imposible lograr una convivencia pacífica y duradera entre socialistas y capitalistas. Además, la maquinaria comunicacional stalinista argumenta que el

---

<sup>15</sup> Ibidem.

<sup>16</sup> Extracto de “Historia de la política exterior de la URSS”, disponible en [www.historiasiglo20.org](http://www.historiasiglo20.org)

mundo occidental está sumido en una serie de conflictos internos que no pueden ser resueltos sin recurrir a la guerra, y que tal inestabilidad guarda grandes posibilidades para Rusia, especialmente si el país se mantiene militarmente fuerte, ideológicamente monolítico y fiel a su brillante conducción. Finalmente, se hace un llamado a desconfiar de los “falsos amigos de la gente”, es decir, aquellos moderados partidos socialistas o social-demócratas que se asumen como de una izquierda no comunista.

Como consecuencia de estas premisas, sostiene Kennan, los rusos están convencidos de que “todo debe hacerse para mejorar la fortaleza relativa de la URSS como factor en la sociedad internacional. No se debe desaprovechar ninguna oportunidad para reducir la fuerza y la influencia, tanto colectiva como individual, de los poderes capitalistas”<sup>17</sup>. De este modo, en la visión del analista estadounidense tanto los soviéticos como sus aliados en el exterior tienen órdenes de profundizar y explotar las diferencias y conflictos entre los países capitalistas.

No obstante, prosigue el telegrama, las ideas de la dirigencia no representan la forma de pensar del pueblo ruso. Por el contrario, éste es amigable al mundo exterior y sólo desea vivir en paz y disfrutando de los frutos de su trabajo. Además, la experiencia ha demostrado que la coexistencia pacífica y mutuamente ventajosa entre socialistas y capitalistas es totalmente posible. Contradiciendo el discurso de Stalin citado anteriormente, Kennan argumenta que las rivalidades internas del capitalismo no siempre terminan en guerras, y que no todos los conflictos armados pueden ser explicados por ese principio.

La insistencia de la propaganda anticapitalista deja en claro, entonces, que el pensamiento del partido “no está basado en ningún análisis objetivo de la situación más allá de las fronteras rusas (...) sino que surge principalmente de necesidades básicas internas de Rusia, que existían antes de la reciente guerra y existen hoy”<sup>18</sup>. De este modo, Kennan arriba al corazón de su teoría: la visión que el Kremlin tiene del mundo responde a la tradicional e instintiva sensación rusa de inseguridad. Originalmente, se trataba de la inseguridad experimentada por un pueblo de pacíficos agricultores que vivían rodeados de peligrosas hordas nómades. A este factor se sumó luego el pánico que generó entre los líderes rusos el contacto con el mundo occidental, más desarrollado y competente.

Por esta razón, los dirigentes locales “siempre temieron la penetración extranjera, el contacto directo entre el mundo occidental y el propio, temieron lo que podría pasar si los rusos conocieran la verdad sobre el mundo exterior (...) Y aprendieron a buscar la seguridad mediante una paciente pero mortífera lucha por la total destrucción del poder rival”<sup>19</sup>. En rigor, concluye Kennan, no es una coincidencia que el marxismo se haya arraigado de tal modo en Rusia. Sólo en una tierra que nunca conoció vecinos amistosos o un equilibrio en la división de poderes podría haberse instalado con tanta fuerza una doctrina que considera que los conflictos económicos de una sociedad no pueden ser resueltos de modo pacífico.

---

<sup>17</sup> George Kennan, “Long telegram”, disponible en el sitio [www.coldwarfiles.org](http://www.coldwarfiles.org)

<sup>18</sup> Ibidem.

<sup>19</sup> Ibidem.

El analista norteamericano va aún más allá, y afirma que “en el nombre del marxismo, (los rusos) sacrificaron cada uno de los valores éticos en sus métodos y tácticas”<sup>20</sup>. En efecto, la actual ideología imperante en la Unión Soviética es vista por Kennan como el estado avanzado de un nacionalismo centenario, en el que los conceptos de ofensa y defensa se mezclan y confunden. Sin embargo, para el funcionario del departamento de Estado esta tradición rusa se ha vuelto más peligrosa e incisiva que nunca antes.

¿Son los dirigentes rusos conscientes de esta situación? Según Kennan, en su mayoría no. De hecho, cataloga a los funcionarios comunistas como ignorantes del mundo exterior y demasiado entregados a la causa como para cuestionar el estado de hipnosis del que se hallan prisioneros. Para colmo, la atmósfera de secretismo y conspiración que impera en Rusia no permite que nadie –o casi nadie- reciba información objetiva sobre lo que ocurre más allá de las fronteras. Kennan plantea la posibilidad de que inclusive el propio Stalin reciba información viciada sobre los sucesos internacionales.

Así, evalúa el diplomático, la política soviética opera a dos niveles. En la superficie se producen las decisiones oficialmente tomadas por el gobierno. Pero, al mismo tiempo, existen acciones subterráneas a cargo de agencias respecto de las cuales el oficialismo no admite responsabilidad. Aunque ambos grupos de medidas difieren en apariencia, se encuentran coordinadas en cuanto propósito, tiempo y efecto.

Entre las políticas visibles se encuentra la participación rusa en la ONU. Sin embargo, afirma Kennan, la Unión Soviética no ve a esta institución como un foro para lograr el consenso mundial, sino como una herramienta con fines pragmáticos y estratégicos. De manera similar, Rusia intentará incrementar su influencia sobre los países coloniales, a fin de debilitar los contactos con Occidente y favorecer el surgimiento de partidos comunistas. Finalmente, las relaciones oficiales de la URSS con el resto del mundo se mantendrán dentro de los límites “correctos”, con un gran esfuerzo por alimentar el prestigio soviético y un pulcro cuidado por el protocolo y los buenos modales.

La situación será totalmente diferente en el plano “subterráneo”. Allí, asegura Kennan, los rusos utilizarán todos los recursos a su alcance para “debilitar el potencial político y estratégico de los principales poderes occidentales”<sup>21</sup>. Este objetivo será perseguido con particular empeño en los países con pasado colonial, en donde los soviéticos buscarán imponerse inclusive incitando a la violencia y removiendo a los gobiernos que se pongan en su camino. En forma comparable, la URSS buscará “la destrucción de todas las formas de independencia personal, económica, política o moral”<sup>22</sup> en sus países satélite. Al mismo tiempo, Rusia buscará alentar los conflictos entre los poderes occidentales.

Entonces, Kennan postula que “estamos ante una fuerza política fanáticamente comprometida con la creencia de que no puede haber un *modus vivendi* permanente con los Estados Unidos, que es deseable y necesario que la armonía interna de nuestra

---

<sup>20</sup> Ibidem.

<sup>21</sup> Ibidem.

<sup>22</sup> Ibidem.

sociedad sea alterada, nuestro tradicional modo de vida destruido, la autoridad internacional de nuestro Estado quebrada, para que el poder soviético pueda estar seguro”<sup>23</sup>.

El problema, prosigue el norteamericano, es que el aparato soviético es flexible y versátil, puesto que no opera según planes fijos. Es impermeable a la lógica de la razón, al tiempo que es altamente sensible a la lógica de la fuerza y no corre riesgos innecesarios. Por ello sólo puede ser derrotado cuando se le presenta una fuerte resistencia. De este modo, si un adversario se presenta ante los rusos con la suficiente fuerza, y se muestra dispuesto a usarla de ser necesario, difícilmente tenga que hacer realidad sus amenazas. Puesto que los soviéticos dejan de ser un peligro si se los mide contra la totalidad del mundo occidental, para el funcionario estadounidense las posibilidades de éxito comunista dependen del grado de cohesión, firmeza y vigor que le oponga el mundo capitalista.

Empeñado una vez más en responder al discurso de Stalin, Kennan afirma que las virtudes del sistema soviético aún no han sido demostradas. Todavía, considera el hombre del Departamento de Estado, debe probar si puede sobrevivir al desafío de transferir el poder de un grupo de dirigentes a otro. En igual sentido, Kennan asegura que el pueblo ruso está cada vez más alejado de las doctrinas comunistas, y que el partido ha dejado de ser una fuente de inspiración emocional.

El telegrama finaliza con una serie de recomendaciones, entre las que se destacan:

- Comprender en profundidad la naturaleza del movimiento al que los Estados Unidos se están enfrentando.
- Informar a la ciudadanía norteamericana sobre la realidad rusa.
- Mantener “sano y vigoroso” al pueblo estadounidense, para evitar el “contagio” de las doctrinas comunistas.
- Difundir entre las naciones una imagen constructiva y positiva del mundo que Estados Unidos quiere crear.
- Aferrarse con coraje y confianza a los métodos y concepciones de la sociedad que defiende Estados Unidos.

Un año después del “long telegram”, Andrei Jdanov, delegado soviético ante la Kominform y amigo de Stalin, leyó un discurso en Polonia en el que declaró que “la finalidad que se plantea la nueva corriente expansionista de los Estados Unidos es el establecimiento de la dominación universal. (Esta dominación) reduciría a los países al estado de satélites de los Estados Unidos e instauraría unos regímenes interiores que eliminarían todo obstáculo por parte del movimiento obrero y democrático”. No obstante, planteó Jdanov, en su intento de dominación mundial los norteamericanos “se han encontrado con la URSS, con su creciente influencia internacional, que constituye

---

<sup>23</sup> Ibidem.

un bastión de la política antifascista y antiimperialista de los países de nueva democracia que han escapado al control del imperialismo anglo-norteamericano”<sup>24</sup>.

Si bien en la inmediata posguerra la administración norteamericana creyó que el equilibrio mundial podría ser logrado mediante la colaboración internacional, la eliminación de las barreras al comercio y el establecimiento de una organización destinada a mantener la paz; hacia 1947 se hizo evidente que los sueños universalistas americanos no podrían ser implementados de un modo tan sencillo. Como demuestra el discurso de Jdanov, la URSS tenía sus propias ideas universalistas, que resultaban directamente antagónicas a las de Estados Unidos.

Pronto fue claro de que las dos superpotencias no eran simples adversarios en una competencia por la hegemonía mundial. En la mente de los estrategas de Washington se hizo evidente que se trataba de dos mundos incompatibles y destinados a chocar en la arena internacional. Esta situación produjo que el pensamiento de Kennan fuera recibido con interés en su país, al menos en una primera etapa.

La idea central del estratega era que Estados Unidos debía prepararse para una política de contención de los rusos en cada lugar en donde estos quisieran perjudicar los intereses occidentales. Inspirado en las ideas de la geopolítica de Halford Mackinder, quien suponía que era necesario proteger tanto las “tierras del borde” como “la tierra central” de Eurasia, el funcionario consideraba que tal estrategia debía realizarse a través de una “defensa perimetral”, que abarcara todos los posibles puntos de ataque soviéticos. Sin embargo, el reconocimiento de las limitaciones de recursos norteamericanos lo llevó pronto a plantear la necesidad de diferenciar los intereses vitales de los periféricos.

Así nació la estrategia de la “defensa de los puntos fuertes”, es decir, la concentración de la contención en algunas regiones particulares. De este modo, la administración Truman se propuso como prioridad la protección de Europa Occidental, el Mediterráneo, Oriente Medio y Japón, tanto en su carácter de centros industriales como en su condición de puntos estratégicos desde los cuales se podrían lanzar contraofensivas.

En igual sentido, Kennan compartía el interés de la gestión demócrata en la recuperación económica de Europa y Japón como vía de contención a la avanzada soviética. Esto implicaba privilegiar los instrumentos económicos por sobre los militares, elección que Kennan defendía porque consideraba que los rusos no tenían intenciones inmediatas de declarar una guerra. Además, Washington todavía basaba su autoconfianza en la garantía que le ofrecía su por entonces monopolio del poder nuclear. Era claro que la bomba atómica era –al menos hasta 1949- el as en la manga de los norteamericanos.

En resumen, podría afirmarse que el pensamiento del autor del “long telegram” en un principio fue muy bien recibido por el gobierno de su país. En palabras del historiador John Lewis Gaddis “se puede decir que la administración Truman implementó la

---

<sup>24</sup> “Informe Jdanov”, disponible en [www.historiasiglo20.org/TEXT/informejdanov.htm](http://www.historiasiglo20.org/TEXT/informejdanov.htm)

primera etapa de la estrategia de Kennan con notable fidelidad. Se abandonó el universalismo, la defensa ‘perimetral’ fue diferida por el momento; se emplearon medios económicos y tecnológicos selectiva y asimétricamente para establecer al menos cierto grado de autoconfianza, si bien no autosuficiencia, en aquellos centros de poder industrial-militar no controlados por los rusos”<sup>25</sup>.

Por el contrario, la segunda etapa de la estrategia de Kennan no correría la misma suerte. El Departamento de Estado se mostró reticente a las sugerencias del estratega de la contención acerca de la necesidad de impulsar la fragmentación del movimiento comunista internacional. Como se indicó, para Washington el debate debía ser planteado en términos de “democracia versus totalitarismo”, y no de “capitalismo versus comunismo”. Más aún, la llamada Doctrina Truman se ocupó particularmente de evitar las referencias explícitas al comunismo, para centrar sus críticas específicamente en el totalitarismo.

En cambio, el gobierno coincidió con Kennan en considerar la ruptura de la Yugoslavia de Tito con la Unión Soviética como una oportunidad de abrir grietas en los demás países satélites. Así, la administración americana buscó estimular la disidencia entre los “Estados tapón”, a partir de iniciativas tan disímiles como las emisiones de la Voz de América y las campañas de derechos humanos en la ONU. En igual sentido, Estados Unidos mantuvo el comercio de algunos productos con la China de Mao, esperando de que pudiera repetirse allí la experiencia de Tito.

La tercera etapa de la estrategia de Kennan era, probablemente, la más ambiciosa. Su objetivo consistía en modificar el concepto soviético de las relaciones internacionales y convencer a los rusos de que podrían lograr mejores resultados si aprendían a convivir con el resto del mundo. Kennan se oponía a la utilización de la guerra o el apaciguamiento para alcanzar este fin. Por el contrario, creía que el cambio de conducta se generaría mediante el apoyo estadounidense a cualquier iniciativa conciliatoria propuesta por el Kremlin, y el rechazo de aquellas que no lo fueran.

De este modo, el funcionario consideraba que la mayoría de las acciones implementadas por su país entre 1948 y 1950 (como la formación de la OTAN, la creación de Alemania Occidental o la permanencia militar en Japón) sólo habían logrado incrementar el natural sentimiento de inseguridad de los rusos. Fueron estas cuestiones, por lo tanto, las que generaron las mayores fricciones entre Kennan y sus superiores, sobre todo con el secretario de Estado Dean Acheson.

Además, el arquitecto de la contención se oponía terminantemente a la utilización del arsenal atómico como instrumento de disuasión. Las armas de destrucción masiva, argumentaba “trascienden la frontera de la civilización occidental (...). No se las puede reconciliar con un propósito político dirigido a dar forma y no a destruir las vidas de los adversarios”<sup>26</sup>. En consecuencia, consideraba que, en épocas de paz, debía mantenerse una postura de “disuasión mínima”, es decir, restringir el poder nuclear norteamericano

---

<sup>25</sup> John Lewis Gaddis, “Estrategias de la contención”, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1989, p. 80.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 95.

a lo estrictamente necesario para desalentar un ataque enemigo. En caso de guerra, igualmente, la bomba atómica nunca debía constituir un recurso “de primer uso”.

Como era de esperarse, los militares rechazaron esta postura, argumentando que era poco inteligente renunciar unilateralmente a un arma que el enemigo también poseía. Esta visión tenía el apoyo de Truman, quien no dudó en dar luz verde al proyecto de construcción de la poderosa bomba H. Aquí entra en juego una vez más la percepción: los estadounidenses se sentían, como país rico en tecnología pero pobre en recursos humanos, más débiles que los rusos y por ello más necesitados de instrumentos bélicos que permitieran mantener un equilibrio de poder.

Para Gaddis, las decisiones de Estados Unidos respecto de la OTAN, Alemania, Japón y la bomba de hidrógeno partían de la determinación de reforzar la posición del país de cara a la URSS. Si bien se consideraba que, una vez que el equilibrio de poder fuera alcanzado, ambas potencias podrían negociar, “la ‘fuerza’ llegó a ser considerada casi un fin en sí mismo, no como un medio destinado a conseguir un fin mayor; el proceso de contención se tornó más importante que el objetivo que ese medio debía supuestamente lograr”<sup>27</sup>.

En suma, la imagen que Estados Unidos tenía tanto de sí mismo como de Rusia moldeó, en los primeros años de la Guerra Fría, las actitudes norteamericanas respecto de su adversario. Más allá de los datos concretos con los que contaba la administración Truman, la percepción ocupó un lugar preponderante tanto para evaluar la situación propia como para “medir” la amenaza del enemigo.

## **6. Conclusiones: la percepción y la Guerra Fría**

Lo expuesto hasta aquí nos permite plantear una primera conclusión general: desde su nacimiento, la Guerra Fría fue un proceso en el que se mezclaron tanto datos fácticos concretos como percepciones subjetivas, más vinculadas a los procesos cognitivos y motivacionales que tienen lugar en los seres humanos que a elementos objetivos.

Los especialistas de la Gestalt primero, y analistas como Jervis y Chasman después, descubrieron que en las personas existe una fuerte tendencia a ver lo que esperan ver y a asimilar la información recibida según imágenes pre-existentes. Para el New Look, antes de que comience el proceso perceptivo el individuo ya ha elaborado una hipótesis apoyada en su estructura de creencias, valores y experiencias previas. Entonces, el antagonismo entre Estados Unidos y Rusia no puede ser entendido sólo en términos de una rivalidad militar, económica o política. Ni siquiera en función de diferencias ideológicas. Por el contrario, se trataba de dos *cosmovisiones* distintas, dos maneras de concebir el mundo totalmente diversas.

Como planteó Kant, los seres humanos perciben la realidad exterior a través de “anteojos” diferentes, determinados por una multiplicidad de factores históricos, culturales y sociales. Por ello, era esperable que países tan distintos como Estados

---

<sup>27</sup> Ibidem, p. 98.

Unidos y Rusia encabezaran formas contrapuestas de enfrentar la realidad. Esto no significa que ambas superpotencias estuvieran fatalmente destinadas a enfrentarse. Simplemente consideramos que, en cierta medida, los funcionarios norteamericanos vieron a los rusos desde una “óptica estadounidense”, es decir, desde una percepción filtrada, moldeada, e incluso distorsionada a partir de sus características cognitivas particulares. En igual sentido, en la dirigencia rusa ocurrió una operación mental similar.

En virtud de esta teoría no parece demasiado arriesgado afirmar que los norteamericanos construyeron desde bastante temprano una hipótesis respecto de los rusos que no sería abandonada por el resto de la Guerra Fría. Como postula Jervis, el ser humano tiene la necesidad psicológica de agrupar los elementos buenos y los malos en parcelas separadas. Puesto que los rusos fueron percibidos desde el comienzo como adversarios, todo lo que se produjo después fue asimilado por los estadounidenses a partir de ese prejuicio.

En efecto, cuanto más fuerte es una hipótesis mayor es la posibilidad de que surja en una situación dada y menor la cantidad de información necesaria para confirmarla. Puesto que la administración Truman partió de una concepción pre-formada de los soviéticos, todas las actitudes rusas fueron consideradas amenazantes o al menos sospechosas. En igual sentido, en los *decision makers* estadounidenses operaron una serie de procesos de percepción selectiva, por los cuales los datos coincidentes con la hipótesis inicial fueron asimilados de manera más veloz que aquellos que la contradecían. En cierto modo, podría afirmarse que Washington era más receptivo a los datos que confirmaban su preconcepción (“los rusos son adversarios”) que a los que lo ponían en duda.

No es casualidad entonces que Kennan sostuviera, con cierto grado de paranoia, que los comunistas del mundo estaban trabajando incansablemente en estrategias directas e indirectas, explícitas y subterráneas para debilitar a Occidente y sus aliados. Según el analista estadounidense, había una multitud de sospechosos. Desde los partidos socialistas europeos hasta la propia Iglesia Ortodoxa Rusa, todos eran agentes al servicio soviético en su cruzada incansable de expansión mundial.

De este modo, es probable que Kennan –y la administración estadounidense en general– haya caído en lo que Jervis considera un error común en los funcionarios de gobierno: evaluar el comportamiento del adversario como más sistemático, planeado y coordinado de lo que es en realidad. Puesto que el ser humano no puede tolerar la idea de que existen eventos fortuitos, tiende a creer que detrás de todo proceso hay un plan subyacente. En rigor, muchos de los eventos de la Guerra Fría pueden haber sido resultado de una estrategia rusa, pero es natural que otros tantos hayan sido casualidades, imprevistos o efectos colaterales. Incluso en estos casos, el funcionario tenderá a ver conexiones entre eventos supuestamente azarosos.

Otro aspecto interesante del “long telegram” es que, a la vez que el norteamericano creyó haber descubierto el origen de la concepción rusa del mundo, no fue capaz de percatarse de la propia. Es decir, mientras que elaboró una compleja teoría para explicar

la “sensación de inseguridad de los soviéticos”, no reparó en que los estadounidenses experimentaban una situación análoga.

Como se indicó, Kennan explicó el comportamiento ruso a partir de un supuesto temor ancestral a la invasión externa. ¿No es posible, entonces, elaborar una hipótesis similar para justificar las actitudes estadounidenses? Utilizando el mismo proceso deductivo planteado en el telegrama, podría decirse que Estados Unidos desde sus orígenes se vio a sí mismo como una nación poderosa y segura. Sin rivales de peso cerca, se gestó en los norteamericanos un sentimiento de superioridad indiscutida. Entonces, la aparición inesperada de la URSS como potencia desafiante despertó en ellos una sensación de amenaza y un temor nunca antes experimentados.

De hecho, en la inmediata posguerra Estados Unidos sentía una gran confianza en sí mismo, que se basaba en la incomparable garantía disuasiva que le ofrecía el monopolio de las armas nucleares. Así lo considera Alperovitz, para quien los ataques a Hiroshima y Nagasaki respondieron más a una necesidad de demostrar poder ante los rusos que a un deseo de poner fin rápido a la guerra.

Esto se ve con claridad en las dos primeras crisis relevantes después de la guerra: Irán y Turquía. En el primer caso, la firme oposición diplomática ejercida por Washington a las pretensiones soviéticas en el Golfo Pérsico obligó a los rusos a una amarga retirada de sus tropas del territorio iraní. En el caso turco, la tensión creció hasta tal punto que faltó poco para que los adversarios recurriesen a las armas. Efectivamente, el Kremlin movilizó 25 divisiones hasta su frontera sur, decisión que generó un amplio despliegue naval de parte norteamericana. Una vez más, los rusos debieron ceder. De nuevo, Estados Unidos sabía que podía subir la apuesta porque tenía el respaldo de su arsenal atómico.

Como se vio, en esta primera etapa del conflicto la administración Truman fue muy receptiva a las ideas de Kennan. Así, el Plan Marshall demuestra hasta qué punto Washington consideraba que la reconstrucción de Europa y su fortalecimiento económico eran indispensables para la contención de las pretensiones rusas. La prosperidad y la reactivación productiva eran consideradas las mejores armas para evitar que las ideas comunistas echaran raíces en los pueblos golpeados por la dura situación social de la posguerra.

No obstante, dos eventos modificaron drásticamente el contexto mundial en 1949. El primero de ellos fue la revolución china, gracias a la cual el país pasó a convertirse en aliado de Rusia. El segundo tuvo lugar el 14 de julio, fecha en que la URSS detonó su primera bomba nuclear. Conmocionado por estos hechos, Truman ordenó al Consejo Nacional de Seguridad realizar una reevaluación total de la política estadounidense hacia los soviéticos. El resultado fue el documento NSC-68, que describía a la Unión Soviética como “una potencia intrínsecamente agresiva, estimulada por una fe mesiánica opuesta al estilo de vida norteamericano y cuya inextinguible sed de expansión había llevado al sometimiento de Europa Oriental y China y amenazaba con absorber al resto de la masa continental de Eurasia”<sup>28</sup>.

---

<sup>28</sup> Keylor, op. cit. pags. 46-47.

La nueva doctrina implicaba el desarrollo de la bomba termonuclear, la expansión de las fuerzas convencionales, la reasignación de recursos económicos para lograr un mayor desarrollo militar y el fortalecimiento de los lazos entre los miembros de la OTAN. Resulta claro entonces que la contención como la entendía Kennan ya no era una prioridad para Truman y sus asesores. En palabras de Keylor “las propuestas generales presentadas por el NSC-68, junto con los preceptos específicos para la reconstrucción y proyección del poder militar estadounidense hacia el exterior, implicaban nada menos que una transformación revolucionaria del modo que los Estados Unidos habían manejado su defensa nacional en tiempos de paz”<sup>29</sup>. Más que un balance de poder se trataba de un balance de terror.

En efecto, Washington consideraba que Estados Unidos estaba en desventaja respecto de Rusia en el terreno militar, y por eso rechazó la posibilidad de emprender una estrategia preferentemente diplomática y económica. Sólo ese temor explica que la administración Truman descreyera de Kennan cuando éste afirmaba que el peligro de guerra era remoto, que la asimetría podía tolerarse indefinidamente y que las negociaciones bilaterales podían ser productivas. En palabras de Gaddis “Acheson pensaba que lo importante era la *capacidad* de agresión de Moscú, fueran cuales fuesen sus intenciones presentes”<sup>30</sup>.

El nuevo panorama llevó a que los conflictos, que hasta entonces habían sido resueltos en la arena diplomática, pasaran a las armas. El caso paradigmático es Corea, ocasión en que finalmente la Guerra Fría se volvió “caliente”. En palabras de Jervis “fue el temor de que los rusos habían decidido expandir su dominio a un área que significaba un gran riesgo para Estados Unidos lo que llevó a una fuerte respuesta”<sup>31</sup>.

Para muchos historiadores, Corea significó un verdadero punto de quiebre en el conflicto entre las superpotencias, que dejó de estar limitado a Europa y adquirió una dimensión global. También es visto como el episodio que marcó el final de la política de contención, que sería luego sustituida por una política de “liberación” y combate al comunismo. Según Aga Rossi “la inmediata reacción de los Estados Unidos y su intervención, totalmente inesperada por el gobierno soviético, se debió a la convicción de que la pérdida de Corea hubiera significado un grave debilitamiento de la presencia americana en Asia. Hasta ese punto la Guerra Fría se había transformado en un juego de suma cero: cada victoria de un jugador era una derrota neta para el adversario”<sup>32</sup>.

Pero la experiencia coreana tuvo un efecto adicional: acrecentar la percepción de desequilibrio que imperaba entre los funcionarios americanos. Los ecos de la “sensación de desventaja” que ahora experimentaba el país se prolongaron. El gobierno de Truman comenzó a presionar a sus aliados europeos para que hicieran mayores contribuciones a su propia defensa. En igual sentido, Washington impulsó el rearme alemán y su integración a la alianza del Atlántico Norte. Por último, el 27 de mayo de 1952 se creó

---

<sup>29</sup> Ibidem. P, 47.

<sup>30</sup> Ibidem, p. 99.

<sup>31</sup> Jervis, op. cit. p. 33.

<sup>32</sup> Rossi, op. cit. p. 79.

la Comunidad de Defensa Europea (CDE), que planteó por primera vez la idea de una organización militar supranacional bajo el mando de la OTAN.

¿Cuánto influyó la percepción y cuánto la realidad objetiva en estas decisiones? ¿Era posible, como sugería Kennan, contener a los soviéticos en la arena diplomática a través de negociaciones que “premiar” las conductas positivas y “castigaran” las negativas? ¿Representaban las demostraciones de poder estadounidenses, como la bomba de hidrógeno o la militarización europea, pasos equivocados que sólo irritaban más a los rusos? ¿O eran, por el contrario, acciones necesarias por parte de un país amenazado por un enemigo implacable?

No tenemos respuestas concretas para estos y otros interrogantes que nos deja la Guerra Fría. Pero es evidente que, en muchos casos, la percepción del enemigo superó cualquier análisis objetivo. Una vez más debemos citar a Gaddis, para quien “lo que parecía de mayor importancia no era tanto la naturaleza del poder soviético ni las intenciones de los líderes del Kremlin –temas que no estaban sometidos a la posibilidad de verificación- sino más bien el hecho innegable y perfectamente verificable de que el poder había cambiado para ventaja de Moscú de manera muy visible (...). Era este cambio de la *percepción* de las relaciones de poder lo que causaba una sensación de debilidad en Occidente, y por lo tanto una falta de voluntad para embarcarse en negociaciones con los rusos antes de resolverla”<sup>33</sup>.

En este punto también es necesario recuperar los conceptos de Chasman, porque creemos que es imposible separar a los hechos de sus protagonistas. Así como rusos y estadounidenses se vieron unos a otros desde ópticas diferentes determinadas por sus culturas, también es evidente que el devenir de la Guerra Fría difícilmente hubiera sido el mismo sin figuras como Truman y Kennan o Stalin y Jdanov. Coincidimos entonces con el autor de *What causes war* cuando sostiene que, a veces, los individuos hacen la diferencia.

Efectivamente, las características personales de los líderes tienen un gran impacto ante situaciones críticas, ambiguas o tensas. No hay dudas de que la Guerra Fría ofrece incontables ejemplos de todos los casos. Tanto Washington como Moscú se vieron enfrentados en numerosas oportunidades a coyunturas imprevistas, complejas o confusas. Entonces es de esperar que la personalidad y las características psicológicas de líderes y asesores –que son, como vimos, fuertes determinantes de la percepción- hayan moldeado sus respuestas.

Como era de esperar, la percepción de amenaza no era patrimonio exclusivo de los funcionarios. Entre la población civil imperaba un temor similar, que veía con desconfianza la expansión comunista en Asia. Así, pese al endurecimiento en los últimos años de la administración Truman, Eisenhower se impuso en las elecciones de 1952 de la mano de un discurso que acusaba al gobierno de ser “blando con el comunismo”. De este modo, luego de soportar 20 años relegado del poder, los republicanos regresaron a la Casa Blanca con la promesa de revertir la política exterior de la gestión demócrata.

---

<sup>33</sup> Ibidem, pgs. 100-101.

En suma, la Guerra Fría fue un conflicto internacional diferente a todos los demás, en el que las percepciones resultaron casi tan importantes como las certezas y donde las imágenes mentales que cada actor se formó de su adversario determinaron en gran medida el curso de los acontecimientos. Los temores conscientes e inconscientes, los prejuicios y los procesos cognitivos de los funcionarios norteamericanos y soviéticos tuvieron un peso que en ocasiones superó al de la evidencia fáctica, y dotaron al antagonismo entre las superpotencias de una carga psicológica pocas veces vista.

## **7. Bibliografía**

AGA ROSSI, Elena, “Gli Stati Uniti e le origini della guerra fredda”, Il Mulino, Bologna, 1984.

BARRACLOUGH, Geoffrey, “Introducción a la historia contemporánea”, Gredos, Madrid, 1993.

CHASMAN, Greg, “What causes war? An Introduction to Theories of International Conflict”, Lexington Books, 1999.

FREIRA, Jorge Eduardo, “Psicología básica”, Ediciones Biblos, Buenos Aires, 1999.

GADDIS, John Lewis, “La guerra fredda: rivelazioni e riflessioni”, Rubbertino Editore, Napoli, 2002.

GADDIS, John Lewis, “Estrategias de la contención”, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1989.

JERVIS, Robert, “Perception and misperception in international politics”, Princeton University Press, New Jersey, 1976.

KEYLOR, William, “El mundo del siglo XX – La guerra fría entre las superpotencias”, Fundación Hernandarias, Buenos Aires, 1998.

MORRIS, Charles, “Introducción a la psicología”, Prentice Hall, Ciudad de México, 1992.

## **8. Fuentes primarias**

George Kennan, “Long telegram”, disponible en el sitio [www.coldwarfiles.org](http://www.coldwarfiles.org)

Joseph Stalin, “Speeches delivered at meetings of voters of the Stalin electoral district, Moscow”, Foreign Languages Publishing House, Moscú, 1950. Disponible en [www.coldwarfiles.org](http://www.coldwarfiles.org)

Andrei Jdanov, “Informe Jdanov”, disponible en [www.historiasiglo20.org/TEXT/informejdanov.htm](http://www.historiasiglo20.org/TEXT/informejdanov.htm)

Harry Truman, “President Harry S. Truman’s address before a joint session of Congress, march 12, 1947”, disponible en [www.yale.edu/lawweb/avalon/trudoc.htm](http://www.yale.edu/lawweb/avalon/trudoc.htm)

“Historia de la política exterior de la URSS” (1947), disponible en [www.historiasiglo20.org](http://www.historiasiglo20.org)